

Novelistas Chilenos en el Exilio

Poli Délano

Escribiré estas notas acerca de la producción narrativa chilena en los años de exilio, absolutamente a capella, para usar un término de moda, aunque inexacto. Es decir, no voy a consultar textos -con la excepción de un párrafo citado-, sino a estrujar exhaustivamente la memoria para recordar y establecer los sentimientos, la ira, la impotencia, pero sobre todo la obra que nos marcó. ¿La razón? Un viaje. Emprendo la tarea con la tensión de quien está con la otra mano haciendo las maletas.

Probablemente, por inevitable, olvidaré algunos nombres y quizás todas las fechas: mis excusas. Aclaro también que me referiré únicamente a las obras de ficción. Atención aparte debe merecer la fuerte literatura testimonial surgida durante el período de la dictadura.

En un documento que redactó en 1974 el Centro de Defensa de la Cultura Chilena -creado y auspiciado en París por algunas de las más grandes figuras del pensamiento y el arte universales- leemos que durante el gobierno de la Unidad Popular empezaba a florecer la cultura. "Las murallas fueron pintadas con enormes frescos, la nueva canción se multiplicó en las gargantas y en las calles, se editaron millones de libros, nacieron afiches, películas, obras de teatro, bailes; se estimuló la artesanía, la poesía, se exploraron nuevos estilos literarios"...

Podría parecer excesivo el párrafo que cito; sin embargo, baste recordar los logros de Quimantú, la editorial creada por el gobierno de Salvador Allende. Con

una política de autosuficiencia, pero no de desaforado lucro como la que caracteriza a las grandes casas editoras de hoy, se generó una actividad editorial de las más poderosas que ha producido América. Abaratando sustancialmente el libro mediante enormes tirajes que se distribuyeron por todos los rincones de Chile, éste llegó a competir en precio con los **comics** y con la subliteratura que suele abundar en los kioscos. Desde el primer libro lanzado por Quimantú, **La sangre y la esperanza**, de Nicomedes Guzmán, hasta fines de agosto de 1973, la editorial sobrepasó los doce millones de ejemplares, centrados en 247 títulos. Un verdadero récord. Pero igual como dijo Neruda de España, cuando estalló la guerra civil, aquí también "una mañana todo estaba ardiendo". Estaba ardiendo el palacio de gobierno. Y también ardían miles de ejemplares de novelas, poemarios, ensayos filosóficos y originales aún inéditos. La piromanía desatada no se ensañó únicamente contra Marx y Lenin. También fueron calcinados Somerset Maugham, Edgar Allan Poe, Oscar Wilde. Y los que no llegaron al fuego, pasaron por la guillotina. La cantidad de libros destruidos en Quimantú supera la cifra de tres millones. Ante este panorama, algunos de los escritores entonces vigentes tomaron el camino del conformismo; otros tuvieron que sumergirse y seguir creando en el subterráneo. Y para un buen número llegó el momento voluntario u obligado de partir.

El exilio es un viejo drama. Debe llevar una existencia casi tan larga como la del hombre. Pero quizás nunca había sido tan masivo, de tan magnas proporciones como en esa década de los 70. Porque no era sólo Chile. Estaban también Paraguay, Argentina, Uruguay, Bolivia, por centrarnos apenas en el cono sur, lanzando a contingentes importantes de su población a la búsqueda de la nueva casa. Y así, los escritores chilenos encontraron acogida y solidaridad en países tan diversos como Venezuela, Panamá, Costa Rica, México, Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Francia, Alemania, Noruega, Suecia, URSS, Rumania, Australia, Holanda, Mozambique y quién sabe cuantos más.

Es de notar que el trabajo de denuncia de los escritores exiliados de tres y hasta cuatro generaciones (si contamos la que apenas llegaba a la mayoría de edad) no escatimó minuto en buscar los blancos dónde apuntar. A muy poco del asalto al poder apareció la antología de cuentos "Narrativa chilena del exilio", editada en Los Angeles por David Valjalo, diversas antologías de cuento y poesía en México, EE.UU., Holanda, Alemania, Noruega, una nueva revista, "Araucaria", dirigida por Volodia Teitelboim, y también los libros individuales de cada autor.

Una gran parte de las obras narrativas escritas en nuestro exilio dirigen su mirada hacia lo que fue el proceso de Chile, ya sea en su intento de independizarse y

crear una vida más digna, o en los diversos aspectos de la represión con que se quiso poner fin a ese intento. Tal vez el hecho de virar los ojos hacia Chile más que nunca en el exilio, sea un rasgo provocado por la propia situación de extrañamiento, por la nostalgia, por la imposibilidad de volver. Sin embargo, significa también una respuesta, una voluntad de explicarse las cosas que ocurrieron, de condenar la situación, de mantenerse cerca en la lejanía y, sobre todo, de no callar, porque callar en el destierro -dijo Sócrates- "sería desobedecer a Dios".

Los cinco novelistas de la generación mayor editaron durante su exilio novelas mirando a Chile o a los problemas derivados de la situación política chilena. Guillermo Atías (QEPD) publicó en francés y ruso su novela **La sangre por las calles**, que muestra el proceso político de la U.P. visto por un corresponsal de prensa extranjero. Volodia Teitelboim, utilizando elementos de la literatura gótica, da una macabra visión del régimen militar en **La guerra interna** (editada en México por Joaquín Mortiz). Luis Enrique Délano nos muestra la angustia de la espera, las luchas y la esperanza de nuestros exiliados en México en su novela **Veladas del exilio**. Fernando Alegría toca el golpe, la represión, la tortura en dos novelas, **El paso de los gansos** y **Coral de guerra**. Y Carlos Droguett da sus definiciones, bastante drásticas, en una novela que, al parecer, no ha sido hasta ahora publicada debido a la timidez de los editores españoles.

De la generación intermedia (del 50), aunque el tema de este artículo es exclusivamente la ficción narrativa, quiero recordar que tres poetas, Efraín Barquero, Armando Uribe y Jaime Valdivieso fueron sumamente veloces en poner el dedo en la llaga: Barquero con sus **Bandos**, Uribe con **El libro negro** y Valdivieso con **Lamento por Chile**. Y también tocaron la problemática política y social Armando Cassigoli, Jorge Edwards **El convidado de piedra**, Hernán Valdés **A partir del fin** y José Donoso **El jardín del lado**.

De la generación aún llamada muy extemporáneamente "novísima" -tal vez la que se exilió en mayor número- hay desde los primeros tiempos una producción abundante, que toca tanto el Chile de la Unidad Popular, como el fenómeno mismo del exilio. Ariel Dorfman, con **Viudas**, **La última canción de Manuel Sendero** y sus cuentos de **Cría ojos**; más recientemente con su exitosa obra teatral **La muerte y la doncella**, que ha recorrido los escenarios del mundo. Antonio Skármeta, con **Soñé que la nieve ardía**, su nouvelle **No pasó nada** y la obra de teatro (también novelada y filmada) **Ardiente paciencia**. Carlos Cerda, con dos obras teatrales también, **La noche del soldado** y **Lo que está en el aire**. Posteriormente con

un libro de cuentos más la novela **Morir en Berlín**. Salvattori Coppola, con su novela **El peso de la memoria**. José Leandro Urbina, con su libro de cuentos **Malas Juntas** y una novela recientemente editada, **Cobro revertido**. Ana Vásquez en Francia y Mauricio Wacquez en España han forjado sólidas carreras literarias con novelas que desgraciadamente son poco conocidas aún en Chile. Yo mismo, con las novelas **En este lugar sagrado**, **Piano-bar de solitarios** y **Como si no muriera nadie**, la nouvelle **El verano del murciélago** y diversos cuentos aparecidos en varios libros.

Hay que destacar a dos autores que -como otros más jóvenes- se desarrollaron literariamente durante su exilio, pero que hicieron carreras meteóricas, ganaron millares de lectores y vieron sus obras traducidas a muchos idiomas: Isabel Allende, con **La casa de los espíritus** y **De amor y de sombra**, y Luis Sepúlveda, con **Un viejo que leía novelas de amor**.

Durante los diecisiete años de la dictadura, los escritores chilenos no estuvimos juntos. No estuvimos separados, pero tampoco juntos. Hay quienes vivieron en Chile y publicaron fuera: los más conocidos o destacados; hay quienes permanecieron en Chile y publicaron aquí, sometidos a censura; hay quienes vivieron en Chile y no publicaron en muchos años. Escribieron, sí, pero sin editar sus obras; y hay quienes estuvimos fuera enfrentados a diferentes problemas, según el lugar de recalada. Algunos publicamos en español y otros idiomas, pero sobre todo en español, nuestra lengua. Algunos más lo hicieron sólo en otros idiomas y no en español. Muchos ni siquiera encontraron los medios para publicar. Los que estábamos fuera sabíamos más sobre los que estaban dentro y conseguíamos sus libros y recibíamos sus textos inéditos, que tratábamos de reproducir. Los que estaban dentro sabían menos de nosotros y poco conocieron entonces nuestras obras. Hubo zonas de vacío en las que la falta de comunicación ganó la partida a pesar de que dentro y fuera se realizaron esfuerzos por conocernos más hondamente, expresados fundamentalmente en encuentros realizados en Canadá, EE.UU., México y en Europa, de los cuales el más significativo quizás haya sido el de Frankfurt, en octubre de 1981. Llegamos desde diversos continentes, y también desde Chile, para discutir nuestros problemas.

El exilio ha tenido muchas brillantes definiciones, pero para terminar, sólo quiero recordar una mínima estrofa de Eduardo Carrasco, que lo define con intensidad: **Desde el 11 de septiembre/ estoy parado/ en la esquina de Saint Michel/ con Saint Germain/ esperando que pase la Pila-Cementerio.**